

Lo que los árboles me enseñaron

Por Aimé Chávez Parceró

Empiezo por confesar algo: no sabía que un libro sobre árboles podía desordenarme por dentro. O quizá sí lo sospechaba, porque lo abrí por primera vez rumbo al Bosque de la Primavera, justo cuando el camión avanzaba entre un mar de troncos anchos que parecían respirar con más calma que cualquiera de nosotros. El libro en cuestión era "La vida secreta de los árboles." Era la primera página, el primer párrafo, y ya estaba comparando las ramas reales del bosque con las palabras impresas: esas ramas que se acercan, se rozan, pero jamás invaden el espacio del otro. Como si existiera un acuerdo silencioso, un protocolo antiguo que ellos cumplen sin cuestionarlo. El protocolo de los árboles, pensé, mientras cerraba un momento el libro para mirar mejor. Ahí empezó todo.

Peter Wohlleben habla de ese código invisible como si fuera la ley más vieja del mundo: la regla de no herirse, de crecer hacia la luz sin apagar la luz de al lado. Yo, mientras tanto, veía cómo las copas del Bosque de la Primavera se trenzaban apenas, como dedos tímidos que se buscan sin lastimarse. Y me pregunté si los humanos también alguna vez supimos acercarnos así; si, tal vez, olvidamos cómo se toca sin romper.

En la ciudad, en cambio, los árboles parecen otra especie. Sus troncos son delgados, casi frágiles, como cuerpos tensos de tanto esquivar pasos, coches, banquetas, cables, prisas. Son árboles que crecieron sin escuela o, mejor dicho, sin escuela arbórea. Wohlleben dice que en un bosque los árboles jóvenes aprenden de los viejos, que los fuertes protegen a los débiles, que nadie crece solo, aunque así lo parezca. .



Pero ¿qué maestro puede tener un árbol urbano, rodeado de concreto y silencios sin raíz? Pienso en eso cada vez que veo uno de esos árboles flacos que parecen sostenerse solo por voluntad. Quizá lo único que les falta es compañía

Allí, entre esas comparaciones involuntarias, entendí que estaba leyendo un libro que en realidad hablaba de nosotros. Que, cuando Wohlleben escribe sobre cómo un árbol herido avisa a los demás, lo que realmente está diciendo es que el dolor —si se comparte— puede convertirse en protección. Que, cuando describe cómo un árbol fuerte alimenta al que está enfermo, está hablando del amor, aunque no lo nombre. Y que, cuando cuenta que un bosque es más que una suma de individuos, está escribiendo, sin quererlo, una metáfora de la familia, de la amistad, de lo que se sostiene solo cuando se sostiene en conjunto.

De ahí surgió mi primera digresión, justo en la cuarta página del libro: pensé en las personas que también cumplen su propio protocolo; en quienes saben guardar silencio cuando otro lo necesita; en quienes no empujan para tener más luz; en quienes enderezan su tronco, aunque nadie esté mirando. Pensé incluso en mis viajes, en las veces en que tuve que aprender a no invadir el espacio de otros, a reconocer mis propias raíces, a buscar dónde anclarme cuando todo parecía aire. Y no sé por qué, pero en ese momento me vino a la mente la idea absurda —y, sin embargo, cierta— de que algunas amistades funcionan exactamente como los árboles: se fortalecen bajo tierra, en lo que no se ve.

A mitad de mi lectura, empecé a notar que el bosque real y el bosque del libro se mezclaban en mi cabeza. Cuando Wohlleben habla de amor, no lo hace en el sentido humano, pero yo lo leí así: los árboles se esperan, se sostienen, comparten. ¿Qué otra palabra puede nombrar eso? No un amor romántico, sino un amor vertebral (un amor que sostiene, que da estructura, que te mantiene firme sin que lo notes), de esos que no necesitan espectáculo para existir. Un amor de raíces.

Volví a pensar en el Bosque de la Primavera y en cómo sus árboles parecían haberse tomado siglos para aprender a convivir. Ninguno empujaba al otro, ninguno crecía con violencia. Y me pregunté qué pasaría si los humanos fuéramos educados en esa misma escuela arbórea: si desde pequeños entiéramos que no todo es competencia, que la luz no se acaba si la compartimos, que los más viejos sostienen a los más jóvenes no por obligación, sino porque es parte del acuerdo que mantiene viva la comunidad.

Me gusta imaginar que en esa escuela la primera clase sería aprender a escuchar. Porque el bosque escucha: escucha el viento, los pasos, los cambios del clima, los ciclos del sol; escucha incluso los silencios. Nosotros, en cambio, olvidamos seguir el rumor de lo que no se ve. Quizá por eso nos cuesta tanto comprendernos unos a otros. Quizá por eso tenemos la sensación constante de estar aislados, aunque vivamos rodeados de gente.

Mientras avanzo en el libro, descubro otro aprendizaje: los árboles saben esperar. No apresuran su crecimiento, no corren para llegar antes, no se comparan. Crecen a su tiempo, a su ritmo, a su manera. Y, aunque deseo aplicar esa lección, debo admitir que es la que más me cuesta.

Hay algo profundamente humano en querer acelerar la vida, en querer alcanzar algo —lo que sea— como si estuviéramos siempre tarde.

Los árboles, en cambio, parecen llevar una relación más sana con el tiempo: no lo poseen ni lo padecen; simplemente lo habitan.

El libro me enseñó muchas cosas: que hay amores que son como raíces entrelazadas; que la fortaleza no siempre es visible; que la cooperación puede ser más natural que la competencia; que crecer no implica invadir. Pero lo más valioso que aprendí fue algo que no esperaba: que, para entender a los árboles, hay que mirarlos como se mira a alguien querido, con paciencia, con curiosidad, con esa mezcla de respeto y ternura que solo se tiene cuando uno reconoce que la vida es frágil, incluso cuando parece fuerte.

Termino este ensayo con la imagen que más me sigue acompañando: un árbol ancho del Bosque de la Primavera, ese que vi desde la ventana del camión. Su tronco firme parecía decir que había sobrevivido a todo: sequías, incendios, inviernos, veranos interminables. A su lado, otro árbol más joven inclinaba apenas su copa hacia él, como si se recargara en su sombra. Yo pensé: ojalá siempre sepamos dónde inclinarnos cuando el viento sea demasiado fuerte. Al final, eso es lo que los árboles me enseñaron: que nadie crece solo.